

Beatriz Luengo nos descubre la parte más íntima de doce musas creadoras que no fueron reconocidas en su momento y en las que, como en un espejo, se refleja para confesar su propia realidad como mujer y artista.

Este sincero autorretrato en el que se desnuda ante quien la lee es un admirable mosaico literario que une Historia, ficción, poesía y reflexión personal, y reivindica la necesidad de entender la lucha feminista como lo que realmente es: un movimiento por los derechos humanos.



El despertar
de las musas

Beatriz Luengo

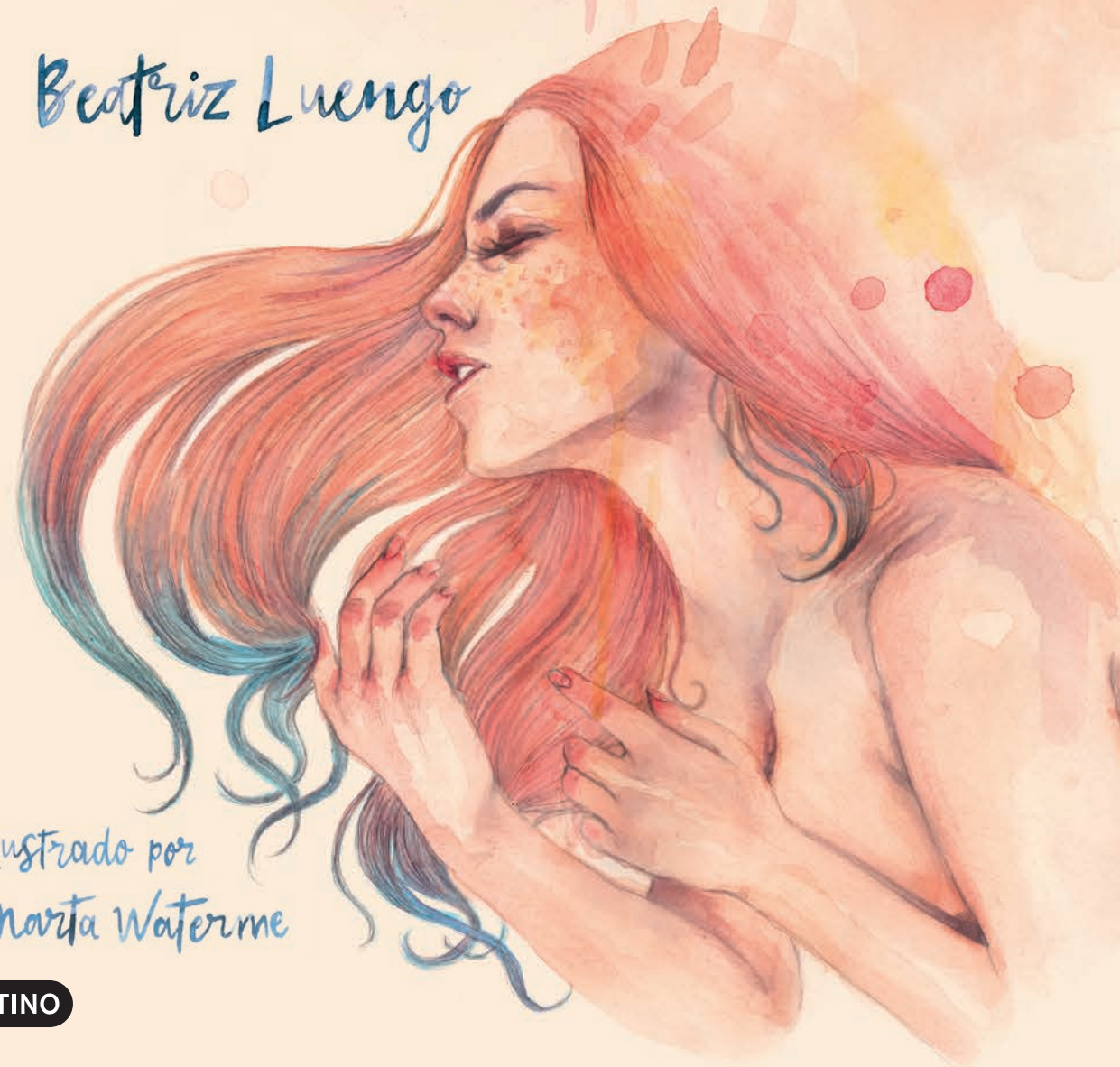


El despertar de las musas

Beatriz Luengo

Ilustrado por
Marta Waterme

DESTINO





El despertar de las MUGAS

Beatriz Luengo

Ilustrado por Marta Waterme

DESTINO

DESTINO, 2019
Editado por Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

© del texto: Beatriz Luengo, 2019
© de las ilustraciones: Marta Waterme, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2019
Cuarta impresión: enero de 2020
ISBN: 978-84-08-21553-0
Depósito legal: B. 17.101-2019
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



A quien me lee

¿Quién eres?

No eres tu estatura o tu peso.

No eres tu edad. Y mucho menos tu género o el lugar donde naciste.

Eres tu libro favorito. Eres la canción atrapada en tu cabeza y lo que desayunas los domingos. Eres esa película que decidiste volver a ver y esa persona a la que eliges besar.

Quizá el mundo siempre escogerá ver el millón de cosas que no eres.

Porque no eres de donde vienes.

Eres adonde vas.



Musa I

María Magdalena

La concubina de Jesús

Sentada en la raíz de un olivo gigante, María niña pregunta a su madre:

—Mamá, ¿quién ha hecho el pan?

—Lo hice yo esta mañana, María. Mezclé centeno, harina, agua y sal.

—Y ¿quién hizo el centeno?

—El trigo.

—Y ¿quién hizo el trigo?

—La tierra.

—Mamá..., y ¿quién creó la tierra? —demanda María, y parece que sus ávidos ojos sean incapaces de poder parpadear nunca más.

La madre enmudece, no es la primera vez que su hija le hace una pregunta para la que no tiene respuesta.

María mujer crece, a la par que sus ansias de saber. Un día conoce a un joven de piel morena, ojos profundos y labios perfilados.

Juntos comparten tardes de amor y preguntas. Ninguno de los dos nació para conformarse con historias inconclusas ni rutinas mentales.

Su imaginación vuela entre gigantes que construyeron los árboles y mariposas que pintaron las flores. María imagina un ser superior que esculpió las nubes y que habría decidido instalarse en ellas y desde ahí arriba observarlo todo. Ojos profundos, como ella llama a su amado, desarrolla la idea:

—¿Y si ese ser superior del que hablas hubiese inventado todo? ¿Y si nos hubiese creado?

Un enorme silencio llena el aire a modo de réplica eterna. Han encontrado la respuesta de las respuestas.

Ninguno de los dos puede esperar para contarle al mundo su descubrimiento. Juntos, en un equipo perfecto, han llegado a la mayor de las conclusiones.

Por la noche, María prepara la bolsa de viaje:

—Ve y cuéntale al mundo lo que hemos descubierto mientras nos amábamos y observábamos la naturaleza.

—¿Y tú? —demanda él.

—El mundo no está preparado para escuchar la pa-

labra de una mujer. Y esto es importante, más que yo; debemos llenar el mundo de fe. Yo te esperaré.

Entonces, él sale por la puerta a conquistar el mundo.

Ella lo espera paciente y orgullosa de su triunfo.

Él nunca amará a otra.

Ella nunca será de nadie más.

Y así, Jesús pasa a la historia de los libros y de la humanidad, y lo veneran millones de personas que invocan su figura y alaban su existencia. El calendario comenzó el día en el que nació.

María pasa a la historia como una vulgar prostituta.



María Magdalena ~ PERSONAJE BÍBLICO

Popularmente conocida como la prostituta de Jesús. No hay ningún texto explícito que describa que ella ejerciera esa profesión, es más, cientos de escritos avalan que era una mujer de la alta sociedad con amplios conocimientos y figura clave en la vida y el desarrollo de Jesús. Tanto es así, que incluso se dice que Leonardo da Vinci la representó en la última cena al dar a uno de los discípulos rasgos femeninos, dejando constancia de su importancia en el camino de Jesús. De hecho, la misma

historia de la Biblia narra que ella fue a la primera persona a quien se le apareció Jesús en su Resurrección, otro dato más de lo que representaba a nivel sentimental, no solo carnal, para él.

En 2016, el papa Francisco la nombró «apóstol de los apóstoles» y reivindicó su figura al sentenciar: «Es un ejemplo y modelo para las mujeres de la Iglesia».





Hē Mariam Magdalena
Regina Iudæorum



Versos inspirados en María Magdalena

Hoy comprendí...

Que arañando el corazón te encontré junto a mis
miedos.

Que te quiero sin diminutivos ni frases prestadas.

Que la historia que escribieron mis ojos está llena de
faltas de ortografía.

Pero no importa, a la eternidad solo le interesa el
contenido y no la forma.

—A lo incorrecto pero eterno



*La ironía es el idioma sublime
de la tristeza,
capaz de traducir la rabia
en aliento.*

Querida María Magdalena:

Te escribo esta carta desde el futuro para darte una buena y una mala noticia. La buena es que todo el mundo sabe de ti y de tu existencia, aunque hayan pasado más de dos mil años de tu nacimiento. La mala, que los detalles de tu vida parecen haber sido alterados en algún momento de la historia y no has trascendido como mereces. Y es que, querida María Magdalena, siento contarte que... las películas te representan como a una prostituta. Seguramente será por ese afán de la ficción de poner a un hombre musculoso sin camiseta

junto a una mujer dócil y dispuesta a cumplir los deseos de su amado, todo un clásico de nuestras taquillas. Eso sí, la guapa de la película siempre eres tú, por si te sirve de algo, que no creo.

Imagino que la razón de todo esto es que en nuestra sociedad, hasta hace bien poco, una mujer que tenía sexo con un hombre fuera del matrimonio era considerada una prostituta o, peor aún, una «puta» (que es más corto y no se ciñe tanto al oficio, suena más despectivo y sirve de insulto). Entonces esa injusticia en el trato a las mujeres llega a ti, o mejor dicho a tu historia, a través de un ave mensajera que parece haber sufrido una alteración genética y que aterriza hoy para convertirme en el daño colateral de la Biblia.

Supongo que debiste de tener que aguantar demasiados cuchicheos a tus espaldas por aceptar ese amor tan puro, tan alejado de lo convencional del matrimonio. Menos mal, estimada musa mía, que, siendo protagonista de un acto tan criticado para la época, tu paso por la Tierra no coincidió con el bullir de las redes sociales, porque, querida María, habrían acabado contigo.

Menos mal que el pezón lo enseñó Jesús en su bella y dolorosa imagen para la posteridad, porque si hubieras sido tú la del taparrabos, te habrían cerrado la cuenta de Instagram. Así están las cosas. Y es que no importa lo avanzados que estemos, ni la cantidad de pezones que haya en todas las iglesias de mundo con la imagen de tu amado, el pezón femenino sigue siendo un arma que censurar. Claro, hay que educar a los niños (aunque lo primero que vean al nacer sea precisamente eso, un pezón). ¡Madre mía, pobres niños! Yo confieso que amamanté a mi hijo durante un año... Espero que el mundo pueda perdonarme semejante exhibicionismo callejero por el que en muchos países te multan; creo que algunos de los abuelos que frecuentaban el parque todavía no me han perdonado. Que digo yo, llámame loca, pero quizá en un mundo lógico la multa debería ser para los que miran y no para los que alimentan. Ya ves, el sentido común sigue brillando por su ausencia.

Pero volviendo a ti, he leído miles de escritos y no encuentro nada que justifique que ejercieses esa profesión que te atribuyen. Claro, hay una cosa horrible en el

mundo a día de hoy, a día de ayer y a día de siempre que se llama machismo. En tu caso concreto creo que sería algo así como machismo sexual, y consiste en creer que la finalidad de la mujer en la vida de un hombre es satisfacer sus apetitos carnales, porque intelectualmente las mujeres no tenemos nada que aportar. Eso es lo que supongo que le pasó a tu historia, lo que consideraron los grandes «pensadores» de la época sobre ti. Que pensar pensarían mucho, pero acertar, bastante poco.

Y es que, amiga mía, así estamos las mujeres todavía, peleando por ser algo más que un trasero y unos pechos. «Vivimos en la cultura del envase que desprecia el contenido», que diría Eduardo Galeano.

Seguimos estancadas, mientras el reguetón nos intenta convencer de que el feminismo consiste en que tu deseo sexual supremo sea dar placer al hombre. Esa parece ser la máxima femenina del siglo xxi: somos como hace siglos, unas bocas, y no precisamente para reivindicar, sino para que nos las tape un genital masculino a golpe de visitas en YouTube.

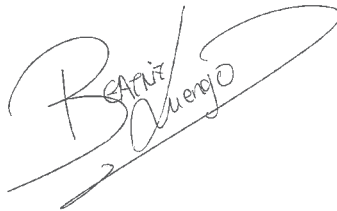
Disculpa, María, que no hayamos podido avanzar

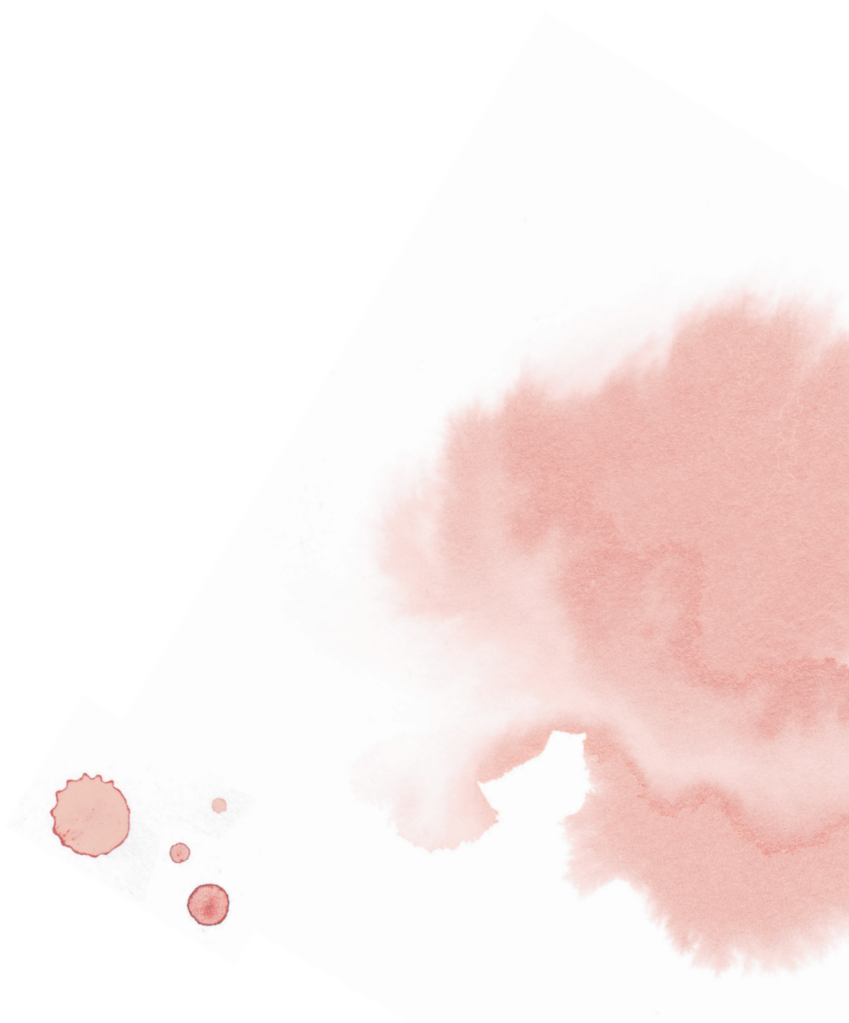
mucho desde tu partida. Eso sí, hemos sido capaces de viajar a la Luna y, con una cosa llamada teléfono, podemos abrir la puerta de casa a dos mil kilómetros de distancia. También nos hemos hecho expertos en armas nucleares que pueden acabar con la humanidad entera presionando un botoncito. Avances, muchos; evolución, no tanto. Si hubiésemos evolucionado nos daríamos cuenta de que llamarte prostituta es llamarnos estúpidos. Porque de todos los hombres que han pasado por el mundo, hemos relegado la fe ciega en uno que entregó su corazón a una mujer por la que ¿solo sintió deseo carnal? O sea, de todas las mujeres que había, el ídolo y máximo representante del amor, quien se sacrificó por los demás hasta la misma crucifixión, ¿se enamoró de un envase sin contenido? ¡Increíble! Deberían darle un premio Razzie al guionista de esta historia. Yo quiero pensar que no fue así y que no somos tan tontos, que decidimos adorar a un hombre inteligente y visionario que vino al mundo a dar lecciones de AMOR, porque él sabía de lo que estaba hablando. Que supo rodearse, en los pocos espacios que le dejó su misión,

de personas inteligentes que le aportaran. Y que algo muy especial debió de ver en ti, porque de seguro que conoció a muchas mujeres durante sus viajes, pero tú fuiste la única a la que regresó su alma y, por eso, te convertiste en una de las protagonistas de ese libro extraordinario que es la Biblia.

Yo no sé si puedo hacer mucho, solo soy una humilde chica en el siglo **xxi** con un bolígrafo y una libreta como únicas armas, pero con mucha esperanza, pues la mujer de hoy está cansada de historias que nos relegan a la sombra. Y porque unidas nadie nos puede. Te prometo que lucharé por defender otra visión de tu historia.

Tu amiga relegada a la ironía,

A handwritten signature in black ink, featuring a large, stylized 'R' followed by 'Ariz' and 'Queng' written in a cursive script.





Musa II

Mileva

Primera esposa de Albert Einstein

La lluvia la obliga a guarecerse en un portal. En el Zúrich de principios del siglo xx nadie acostumbra a salir con paraguas. Casi una hora después, la tormenta no cesa, así que en un intento de dispersar la mente, dirige los ojos a aquel escaparate iluminado. Un vestido de terciopelo negro con motivos de encaje blanco en las mangas hace que su imaginación vuele. Cierra los ojos y es capaz de verse allí, en ese 20 de noviembre de 1921, caminando entre los aplausos y las sonrisas de ceja estirada. Su nombre suena más bonito que nunca, y mientras sube la escalera que la lleva al escenario, recuerda a su padre, que tuvo que pelear muchos permisos especiales para que ella, mujer, pudiese cursar estudios universitarios. Piensa en él y en lo orgulloso que se sentiría si pudiese verla. El pelo rojo cobrizo de la mujer que sostiene el sobre de la premiación le hace pensar en su madre, quien no se separó de Mileva cuando en

1894 la tuberculosis hizo que abandonara todo lo que había construido y partiera a Suiza desde la ciudad de Titel, en Vojvodina. Al llegar al atril del escenario, se vuelve y todos los que, en pie, la ovacionan, dejan de aplaudir para escucharla:

—En primer lugar, gracias a mi brillante esposo, Albert Einstein. Sin ti, esto no hubiese sido posible. Todo empezó como una unión de nuestros universos; tú y tu maravilloso intelecto para la física y yo con mis facultades para las matemáticas, hemos dejado una teoría para la humanidad aliando ambos mundos. Y para nosotros hemos dejado en forma fisicomatemática un resumen de nuestro amor, nuestro vínculo y nuestra familia. Creo que el mensaje más importante de este descubrimiento y este reconocimiento en forma de Premio Nobel es que todo fue posible por estar unidos y mirar hacia un horizonte común.

Un aplauso ensordecedor ocupa la sala, se escuchan gritos, gritos amables que empiezan a oírse cada vez más fuertes, gritos de admiración que van tornándose gritos de ansiedad. El corazón de Mileva empie-

za a latir incontrolablemente, no está segura de si es una sensación agradable, y lo que parecía el momento más feliz de su vida, por lo que tanto había luchado, se convierte en angustia. Solo quiere salir de allí. Grita ella también, y despierta. En el salón, Eduard chilla mientras patea todo lo que encuentra a su paso. Ella, con la tranquilidad que da lo cotidiano, pasa la mano por su frente sudorosa y le susurra esa melodía que consigue calmar el brote esquizofrénico de su hijo. Sus ojos fijos en el cuadro de la abuela Nicoletta le han hecho volver la mente atrás hace apenas cinco minutos, cuando un sueño le ha devuelto todo lo que la vida le ha robado. Ya Eduard calmado, y calculando que el siguiente brote se dará en los próximos cuarenta y cinco minutos, abre el cajón y despliega el periódico que con tanta rabia (a la vez que orgullo) había guardado dos años atrás. «Albert Einstein, genio del siglo, recibe el Premio Nobel.» Mileva repasa la foto del periódico y no se ve, tampoco ve su vestido de terciopelo negro, sus pasos hacia el escenario, ni siquiera Albert la nombra en su discurso de nueve minutos. Parece una pesadilla, pero no, es la

realidad. Parece que la historia la haya olvidado para siempre. Maldice las dieciséis horas diarias que dedicó durante más de dieciocho años a la teoría de la relatividad. Pero no hay tiempo para lamentarse, todavía debe conseguir el almuerzo para Eduard. Hace más de tres días que una amiga de su tía le ofreció una gallina ponedora y un poco de leche. Podrá seguir odiando cuando resuelva el tema de las medicinas que hacen dormir a su hijo y que la farmacia le lleva fiando tres meses mientras ella se excusa con un «Mañana te lo pago». La mente más brillante para los cálculos que jamás haya existido, capaz de resolver cualquier operación matemática, todavía no logra descifrar la gran ecuación de su vida: ¿por qué Albert la apartó de la historia? ¿Por qué el hombre más inteligente que jamás haya existido no pudo compartir sus elogios con ella?

No le da tiempo a llegar a una conclusión que la convenza porque, al mismo tiempo, su mente trabaja para tratar de resolver su mayor anhelo científico: salvar a su hijo.



Mileva Marie ~ CIENTÍFICA

Una de los genios matemáticos más brillantes de la historia. Aun estando vetado a las mujeres, fue admitida, debido a sus altas capacidades, como estudiante en el Colegio Real de Zagreb. Tras su paso por ese centro, empezó Medicina, estudios que interrumpió para cambiarse a Física y Matemáticas en la Escuela Politécnica de Zúrich, donde conoció a Albert Einstein, con quien, además de casarse, formuló la teoría de la relatividad, aunque solo él recibió el Premio Nobel de Física. Einstein tuvo que ceder la dotación económica del galardón a Mileva, aunque nunca reconoció su aporte en las investigaciones científicas públicamente. Ella empleó el dinero en atención médica para Eduard, el hijo pequeño de ambos, enfermo, en el que se había volcado desde su nacimiento y del que Einstein supuestamente se desvinculó.

Mileva murió en la más absoluta miseria y sin ningún tipo de reconocimiento, enterrada sin ni siquiera una lápida para evitar pagar los impuestos asociados. Albert Einstein, sin embargo, es considerado el genio de los genios por las teorías que ambos desarrollaron.

$$E=mc^2$$

$$E^2=(pc)^2+(mc^2)^2$$

$$S=\frac{e k A}{4 \pi G}$$

$$G_{\mu\nu} = R_{\mu\nu} - \frac{1}{2} R g_{\mu\nu} = \frac{8\pi G}{c^4} T_{\mu\nu}$$

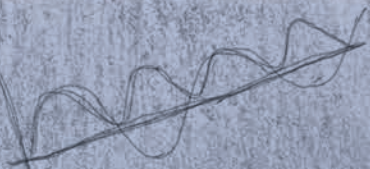
$$I = \int e^{-ax^2/2} dx = \sqrt{\frac{2\pi}{a}}$$

$$S_{fi} = \langle f | S | i \rangle$$

$$H = \frac{p \cdot p}{2m} + V(r)$$

$$S = \frac{1}{2} \int d^4x \left(R + \frac{R^2}{6M^2} \right)$$

$$p = -i\hbar \nabla$$







Versos inspirados en Miléva

Para viajar al olvido
encontré paquetes vacacionales
y cupones de descuento.

Nadie quiere ir
pero todos te quieren enviar.

Nadie lo conoce
pero todos han estado.

Hay libre acceso para entrar
y lista de espera para salir.

No afecta el frío,
porque ya eres nieve;
ni el calor,
pues aprendiste a arder en el infierno
de un amor que se va.

El olvido te enseñará que de recuerdos no se vive.
De recuerdos se sufre,
se rompe
y se desgarrar.



Reflexión a partir de Mileva

El avión aterrizó puntual a las 20.15 en el aeropuerto Charles de Gaulle. *Bienvenus en France*, sonó la voz de la azafata por el altavoz. Mientras esperaba delante de la cinta del equipaje a que aparecieran mis maletas, me vino un olor a *pain au chocolat* que me hizo cerrar los ojos y recordar mis desayunos en Montmartre el año que viví en París, donde me creí Amélie (flequillo incluido). Al salir, una furgoneta con un cartel de Disneyland en la luna nos aguardaba y nos llevó al hotel, dentro del parque temático. Ahí, nos recibieron unas mujeres de pelo dorado que parecían recién salidas del lápiz y papel de los bocetos Disney. Dulces y sonrientes, nos indicaron dónde estaba nuestra habitación y nos explicaron que el desayuno dejaba de servirse a las



nueve. Y es que Disney es un universo muy riguroso, y eso concierne también a los horarios: supongo que pasados cinco minutos de las nueve, la música ambiental del bufet se interrumpe de repente y Mickey deja de ser un ratón tan simpático.

Ya en la habitación... ¡Sorpresa!, el maravilloso castillo del logo se veía perfectamente desde mi ventana, casi parecía de mentira, una lámina de Ikea pegada a ella, pero no, era real. El castillo brillaba tanto que el zum de mi teléfono se volvió loco al tratar de hacerme un selfi, mi cara quedaba ensombrecida y borrosa, casi imperceptible entre tanta luz trasera; o quizá es que Siri también fue niña y soñaba a su vez con esa aparición, de ahí que me saboteara dejándome borrosa, como diciendo: «Quítate del medio, que no veo». Embobada, me pregunté en alto: «¿De quién era el castillo?», tratando de recordar si pertenecía a la Bella Durmiente o la Cenicienta.

—Pues de una princesa —contestó mi amiga Elena, que, tras dejar el equipaje en su habitación, entraba en la mía mientras abría una lata de refresco que debía de haber cogido del minibar—. Pero se lo regaló el príncipe,



por supuesto, que era al que le dejaban trabajar. A ella la tenían planchando mientras cantaba cancioncitas cursis.

—¡Elena, por favor! —le recriminó mi niña interior.

Elena no es muy fan de las princesas, y yo le había pedido que viniera conmigo para ver si modificaba algo su opinión. Y para disfrutar de su compañía también, claro. Me habían invitado, junto a otros artistas, deportistas e *influencers*, al encendido del árbol, que es el símbolo del inicio de la temporada navideña, y me gustaba contar con el apoyo de una amiga.

Al día siguiente, fuimos a visitar el parque. Lo primero que vimos fue el mundo de *La bella y la bestia*, sí, esa película maravillosa donde la tetera canta, el candelabro persigue al plumero por toda la casa como en una película de Fernando Esteso y donde el lema es «la belleza está en el interior», aunque Bella (ojo con el nombre, que también ya dice mucho) vaya maquillada desde que se levanta al más puro estilo Kim Kardashian (pestaña postiza incluida).

—También es la peli donde la chica se enamora de su secuestrador —añadió a mi lista Elena, sin dejar de mor-



der la manzana cubierta de caramelo que nos acababan de regalar.

—¡Elena! —le dije con el ceño fruncido y los hombros levantados, todavía incapaz de desmitificar así mi infancia.

—Piénsalo, amiga —me dijo segura—: Bella llega a un castillo donde un monstruo la encierra a la fuerza, tirándola de malos modos al suelo, en una habitación con candado. Y al mes de retenerla contra su voluntad, va y le lanza dos bolitas de nieve en el jardín y ella se enamora de él porque entiende que su maltratador no es tan malo. Eso, lo creas o no —argumentó—, queda grabado en nuestro inconsciente, en el apartado «Relaciones», y viene a decirnos que, si un hombre que te maltrata te lanza dos sonrisas junto a un árbol, debes cambiar totalmente tu percepción de él, porque la belleza está en el interior y él no era tan malo, es que estaba solito en el castillo y hay que entenderlo. ¡Venga ya, tía!

Dos de las chicas que venían caminando a nuestro lado y habían escuchado el argumento de Elena empezaron a asentir con la cabeza. Por sus caras, pensé



que planteaban devolver el *merchandising* o poner una hoja de reclamaciones al príncipe.

Me quedé un largo rato en silencio, creo que trataba de escuchar el crujido de mi corazón ante semejante conclusión. Durante todo el viaje en el tren que da un *tour* completo al parque no hablé, pues andaba inmersa en mil pensamientos. Solo enseñaba los dientes cuando se encendía la luz de la cámara de fotos. Traté de *re-analizar* los cuentos desde la visión de una mujer del siglo *xxi*. Y sufrí mientras mi cabeza daba vueltas y llegaba a varias conclusiones. La primera puñalada fue darme cuenta de que Disney nos contó que las mujeres eran malas y los hombres, salvadores. Véanse los ejemplos de Úrsula, el «pulpo» de *La Sirenita* que roba la voz de Ariel alegando que el príncipe, como todos los hombres, prefiere a las mujeres calladitas y sin opinión. «Que no logras nada conversando, al menos que los quieras ahuyentar», canta salerosa mientras mueve la cadera al más puro estilo zumba. O la reina disfrazada de viejecita que envenena a Blancanieves con la manzana; la madrastra de Cenicienta, que la tiene de fregona; Maléfica, que, despecha-



da por no haberla invitado al bautizo de Aurora, la maldice; Cruella de Vil, que además de vestirse con animales y ser realmente *vil*, es muy pero que muy mala amiga... Lo mires por donde lo mires, la malvada del cuento casi siempre ha sido una mujer, y si lo analizas más profundamente, normalmente esa maldad es por pura envidia, y el salvador, cómo no, es un hombre guapo y apuesto (claro, que feo no nos cumple el rol de príncipe, es cuestión de eugenesia). ¡Dios mío! ¡Hasta Campanilla (mi corazón cruje un poco más), ese hada que todas hemos querido ser en algún momento y que va vestida de patinadora sexy, actúa contra Wendy por celos!

Además, todas las protagonistas son siempre mujeres impecables que se peinan entre escena y escena hasta que un día, ¡menos mal!, aparece una protagonista salvaje, líder de la selva y a quien todos respetan. Ah, no, perdón, que para esa historia decidieron contar con un protagonista masculino, Simba, que acaba convertido en rey. Qué pena, una leona hubiese sido increíble.

Pero, tras esta película, llegó Mulan. A decir verdad, y para calmar mi pena, encuentro que hay un antes y



un después de Mulan en el rol de la mujer en Disney. La joven china intenta luchar contra un estereotipo machista que la atrapa. (Gracias a aquellas personas de la factoría Disney que intentan hacer justicia y nos dejan ser guerreras en nuestras batallas.)

Aunque no es solo Disney quien nos «educó» en el tema de los roles. ¡Qué bueno era el abuelo y qué mala la señorita Rottenmeier en *Heidi*! O cómo sufrió el pobrecito Marco, que se pasó tres mil capítulos (en realidad eran solo cincuenta y cuatro, pero a mí y a mi corazón taquicárdico nos pareció eterno) buscando a una madre que parecía huir de él. O Shin-chan, ese niño japonés que sobrevive de generación en generación y que tiene una madre que se dedica a pegarle cada vez que sale a escena y un padre obsesionado con ligar con todo lo que se le pone por delante.

«En fin, muy en contra de mi niña interior tendré que empezar a darle la razón a mi amiga Elena», pensé mientras entrábamos por fin en la guinda del viaje: el castillo. Con una suave banda sonora de fondo que nos embelesaba cual flautista de Hamelín, la guía, con voz



angelical, nos explicó la historia de *La Bella Durmiente*: «... y las tres hadas le regalaron sus tres dones más importantes: el primero fue dotarla de belleza; el segundo, de una voz dulce y armoniosa; y el tercero le dio la oportunidad de salvarse del hechizo con el beso de su amado». «Ay», suspiran las niñas que nos acompañan en el grupo. Las dos chicas de antes miran a Elena, parece que esperen ansiosas un comentario. Pero ella solo refunfuña y pone los ojos en blanco. Yo, por si acaso, la miro con cara de «ni se te ocurra hablar y romper el corazón de esas niñas», aunque una contradicción emocional interna grita que, en realidad, pensar que su don más importante es estar mona y la idea de que solo un hombre puede salvarlas es lo que les romperá el corazón más de una vez en el futuro. En fin, aun así, todavía estoy demasiado contaminada por el espíritu «princesas» y por el dichoso hilo musical, que no ayuda nada al cantar «Eres tú el príncipe azul que yo soñé».

Tampoco es que la mujer relegada a cumplir el rol de esposa dulce, delicada, silenciosa y entregada al hogar lo inventara Disney, ha formado parte de la sociedad de



una manera muy naturalizada, incluso para las mujeres del siglo **xxi**, que no hemos sido capaces de percibir los mensajes subliminales en cuanto a lo que se espera de nosotras y cuál es nuestro papel en esas historias.

Así que imagino cómo debía de ser para Mileva a principios del siglo **xx**: además de ser una mujer con una mente brillante, nacida para cambiar el mundo con su conocimiento, había crecido en una sociedad donde el segundo plano de una esposa parecía incuestionable, y eso se erigía como una barrera en su mente. Ella, inteligente, fuerte, revolucionaria, que había sido capaz de conseguir un acceso a la universidad negado a las mujeres, no podía ver lo injusto de su rol en el hogar, en la vida en general. Era una barrera, parte de su ADN, tan interna que era incapaz de verla y, por tanto, de romperla. Y, de este modo, se apagó; Mileva se dejó apagar. No reivindicó que de ella era la primera semilla de la teoría de la relatividad, iniciada en su tesis universitaria cuando Einstein todavía no existía en su vida. Tampoco reivindicó que, sin un magistral conocimiento de las matemáticas, como el que ella tenía, habría sido imposible desarrollar dicha teoría.



Aportó tiempo y conocimiento, los dejó a los pies de Einstein, quien realizó sus teorías más brillantes mientras duró el matrimonio, tal como reconocen los expertos. El hecho de que ella no reivindicara su lugar no invalida que nosotros le reconozcamos el legado que dejó, un legado indiscutiblemente relevante. Si Einstein es el genio de los genios, con Nobel incluido, Mileva es la genia de las genias, y de los genios, también.

Y si no, que baje Walt Disney a debatir con mi amiga Elena.

